

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

*Benedicto XVI*

**Catequesis**

AUDIENCIA GENERAL

## **La oración de Jesús (9)**

15 de febrero de 2012

---

Queridos hermanos y hermanas:

En nuestra escuela de oración, hablé el miércoles pasado sobre la oración de Jesús en la cruz tomada del Salmo 22: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*». Ahora quiero continuar con la meditación sobre la oración de Jesús en la cruz, en la inminencia de la muerte. Quiero detenerme hoy en la narración que encontramos en el Evangelio de san Lucas. El evangelista nos ha transmitido tres palabras de Jesús en la cruz, dos de las cuales —la primera y la tercera— son oraciones dirigidas explícitamente al Padre. La segunda, en cambio, está constituida por la promesa hecha al así llamado buen ladrón, crucificado con Él. En efecto, respondiendo a la oración del ladrón, Jesús lo tranquiliza: «*En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lc 23,43). En el relato de san Lucas se entrecruzan muy sugerentemente las dos oraciones que Jesús moribundo dirige al Padre y la acogida de la petición que le dirige a Él el pecador arrepentido. Jesús invoca al Padre y al mismo tiempo escucha la oración de este hombre al que a menudo se llama *latro poenitens*, ‘el ladrón arrepentido’.

Detengámonos en estas tres palabras de Jesús. La primera la pronuncia inmediatamente después de haber sido clavado en la cruz, mientras los soldados se reparten sus vestiduras como triste recompensa de su servicio. En cierto sentido, con este gesto se cierra el proceso de la crucifixión. Escribe san Lucas: «*Y cuando llegaron al lugar llamado "La Calavera", lo crucificaron allí, a Él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suertes*» (Lc 23,33-34). La primera oración que Jesús dirige al Padre es de intercesión: pide el perdón para sus propios verdugos. Así, Jesús realiza en primera persona lo que había enseñado en el Sermón de la montaña: «*A vosotros los que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian*» (Lc 6,27); y también había prometido a quienes saben perdonar: «*Será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo*» (Lc 6,35). Ahora, desde la cruz, Él no solo perdona a sus verdugos, sino que también se dirige directamente al Padre intercediendo a su favor.

Esta actitud de Jesús encuentra una "imitación" conmovedora en el relato de la lapidación de san Esteban, primer mártir. Esteban, en efecto, ya próximo a su fin, «*cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo: "Señor, no les tengas en cuenta este pecado". Y, con estas palabras, murió*» (Hch 7,60): esas fueron sus últimas palabras. La comparación entre la oración de perdón de Jesús y la oración del protomártir es significativa. San Esteban se dirige al Señor resucitado y pide que su muerte —un gesto definido claramente con la expresión "este pecado"— no se impute a los que lo lapidaban. Jesús, en la cruz, se dirige al Padre, y no solo pide el perdón para los que lo crucifican, sino que también ofrece una lectura de lo que está sucediendo. Según sus palabras, en efecto, los hombres que lo crucifican «*no saben lo que hacen*» (Lc 23,34). Es decir, Él pone la ignorancia, el "no saber", como motivo de la petición de perdón al Padre, porque esta ignorancia deja abierto el camino hacia la conversión, como sucede por lo demás en las palabras que pronunciará el centurión en el momento de la muerte de Jesús: «*Realmente, este hombre era justo*» (Lc 23,47), era el Hijo de Dios. «*Por eso es más consolador aún para todos los hombres y en todos los tiempos que el Señor, tanto respecto a los que verdaderamente no sabían —los verdugos— como a los que sabían y lo condenaron, haya puesto la ignorancia como motivo para pedir que se les perdone: la ve como una puerta que puede llevarnos a la conversión*» (Jesús de Nazaret, II, 243-244).

La segunda palabra de Jesús en la cruz transmitida por san Lucas es una palabra de esperanza, es la respuesta a la oración de uno de los dos hombres crucificados con Él. El buen ladrón, ante Jesús, entra en sí mismo y se arrepiente, se da cuenta de que se encuentra ante el Hijo de Dios, que hace visible el rostro mismo de Dios, y le suplica: «*Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*» (Lc 23,42). La respuesta del Señor a esta oración va mucho más allá de la petición; en efecto, dice: «*En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lc 23,43). Jesús es consciente de que entra directamente en la comunión con el Padre y de que abre nuevamente al hombre el camino hacia el paraíso de Dios. Así, a través de esta respuesta, da la firme esperanza de que la bondad de Dios puede tocarnos incluso en el último instante de la vida, y de que la oración sincera, incluso después de una vida equivocada, encuentra los brazos abiertos del Padre bueno que espera el regreso del hijo.

Pero detengámonos en las últimas palabras de Jesús moribundo. El evangelista relata: «*Era ya casi mediodía, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta las tres de la tarde, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu". Y, dicho esto, expiró*» (Lc 23,44-46). Algunos aspectos de esta narración son distintos con respecto al cuadro que ofrecen san Marcos y san Mateo. Las tres horas de oscuridad no están descritas en san Marcos, mientras que en san Mateo están vinculadas a una serie de acontecimientos apocalípticos diversos, como el terremoto, la apertura de los sepulcros y los muertos que resucitan (cf. Mt 27,51-53). En san Lucas las horas de oscuridad tienen su causa en el eclipse del sol, pero en aquel momento se produce también el rasgarse del velo del templo. De este modo, el relato de san Lucas presenta dos signos en cierto modo paralelos, en el cielo y en el templo. El cielo pierde su luz, la tierra se hunde, mientras en el templo, lugar de la presencia de Dios, se rasga el velo que protege el santuario. La muerte de Jesús se caracteriza explícitamente como acontecimiento cósmico y litúrgico; en particular, marca el comienzo de un nuevo culto, en un templo no construido por hombres, porque es el Cuerpo mismo de Jesús muerto y resucitado, que reúne a los pueblos y los une en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

La oración de Jesús en este momento de sufrimiento —«*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*»— es un fuerte grito de confianza extrema y total en Dios. Esta oración expresa la plena consciencia de no haber sido abandonado. La invocación inicial —"Padre"— hace referencia a su primera declaración cuando era un adolescente de doce años. Entonces permaneció durante tres días en el templo de Jerusalén, cuyo velo ahora se ha rasgado. Y cuando sus padres le manifestaron su preocupación, respondió: «*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?*» (Lc 2,49). Desde el comienzo hasta el final, lo que determina completamente el sentir de Jesús, su palabra, su acción, es su relación única con el Padre. En la cruz él vive plenamente, en el amor, su relación filial con Dios, que anima su oración.

Las palabras pronunciadas por Jesús después de la invocación "Padre" retoman una expresión del Salmo 31: «*A tus manos encomiendo mi espíritu*» (Sal 31,6). Estas palabras, sin embargo, no son una simple cita, sino que más bien manifiestan una decisión firme: Jesús se "entrega" al Padre en un acto de total abandono. Estas palabras son una oración de "abandono", llena de confianza en el amor de Dios. La oración de Jesús ante la muerte es dramática, como lo es para todo hombre, pero, al mismo tiempo, está impregnada de esa calma profunda que nace de la confianza en el Padre y de la voluntad de entregarse totalmente a Él. En Getsemaní, cuando había entrado en el combate final y en la oración más intensa, y estaba a punto de ser «*entregado en manos de los hombres*» (Lc 9,44), «*le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre*» (Lc 22,44). Pero su corazón era plenamente obediente a la voluntad del Padre, y por ello «*un ángel del cielo*» vino a confortarlo (cf. Lc 22,42-43). Ahora, en los últimos momentos, Jesús se dirige al Padre diciendo cuáles son realmente las manos a las que Él entrega toda su existencia. Antes de partir en viaje hacia Jerusalén, Jesús había insistido a sus discípulos: «*Meteos bien en los oídos estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres*» (Lc 9,44). Ahora que su muerte es inminente, Él sella en la oración su última decisión: Jesús se dejó entregar «*en manos de los hombres*», pero su espíritu lo pone en las manos del Padre; así —como afirma el evangelista san Juan— todo se cumplió, el supremo acto de amor se cumplió hasta el final, al límite y más allá del límite.

Queridos hermanos y hermanas, las palabras de Jesús en la cruz en los últimos instantes de su vida terrena ofrecen indicaciones comprometedoras a nuestra oración, pero la abren también a una serena confianza y a una firme esperanza. Jesús, que pide al Padre que perdone a los que lo están crucificando, nos invita al difícil gesto de rezar incluso por aquellos que nos han hecho mal, nos han perjudicado, sabiendo perdonar siempre, a fin de que la luz de Dios ilumine su corazón; y nos invita a vivir, en nuestra oración, la misma actitud de misericordia y de amor que Dios tiene para con nosotros: «*Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*», decimos cada día en el padrenuestro. Al mismo tiempo, Jesús, que en el momento extremo de la muerte se abandona totalmente en las manos de Dios Padre, nos comunica la certeza de que, por más duras que sean las pruebas, difíciles los problemas y pesado el sufrimiento, nunca caeremos fuera de las manos de Dios, esas manos que nos han creado, nos sostienen y nos acompañan en el camino de la vida, porque las guía un amor infinito y fiel. Gracias.

*(Saludo a los peregrinos de lengua española)*

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

*Benedicto XVI*

**Catequesis**

AUDIENCIA GENERAL

## **La oración de Jesús (9)**

15 de febrero de 2012

---

Queridos hermanos y hermanas:

En nuestra escuela de oración, hablé el miércoles pasado sobre la oración de Jesús en la cruz tomada del Salmo 22: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*». Ahora quiero continuar con la meditación sobre la oración de Jesús en la cruz, en la inminencia de la muerte. Quiero detenerme hoy en la narración que encontramos en el Evangelio de san Lucas. El evangelista nos ha transmitido tres palabras de Jesús en la cruz, dos de las cuales —la primera y la tercera— son oraciones dirigidas explícitamente al Padre. La segunda, en cambio, está constituida por la promesa hecha al así llamado buen ladrón, crucificado con Él. En efecto, respondiendo a la oración del ladrón, Jesús lo tranquiliza: «*En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lc 23,43). En el relato de san Lucas se entrecruzan muy sugerentemente las dos oraciones que Jesús moribundo dirige al Padre y la acogida de la petición que le dirige a Él el pecador arrepentido. Jesús invoca al Padre y al mismo tiempo escucha la oración de este hombre al que a menudo se llama *latro poenitens*, ‘el ladrón arrepentido’.

Detengámonos en estas tres palabras de Jesús. La primera la pronuncia inmediatamente después de haber sido clavado en la cruz, mientras los soldados se reparten sus vestiduras como triste recompensa de su servicio. En cierto sentido, con este gesto se cierra el proceso de la crucifixión. Escribe san Lucas: «*Y cuando llegaron al lugar llamado "La Calavera", lo crucificaron allí, a Él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suertes*» (Lc 23,33-34). La primera oración que Jesús dirige al Padre es de intercesión: pide el perdón para sus propios verdugos. Así, Jesús realiza en primera persona lo que había enseñado en el Sermón de la montaña: «*A vosotros los que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian*» (Lc 6,27); y también había prometido a quienes saben perdonar: «*Será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo*» (Lc 6,35). Ahora, desde la cruz, Él no solo perdona a sus verdugos, sino que también se dirige directamente al Padre intercediendo a su favor.

Esta actitud de Jesús encuentra una "imitación" conmovedora en el relato de la lapidación de san Esteban, primer mártir. Esteban, en efecto, ya próximo a su fin, «*cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo: "Señor, no les tengas en cuenta este pecado". Y, con estas palabras, murió*» (Hch 7,60): esas fueron sus últimas palabras. La comparación entre la oración de perdón de Jesús y la oración del protomártir es significativa. San Esteban se dirige al Señor resucitado y pide que su muerte —un gesto definido claramente con la expresión "este pecado"— no se impute a los que lo lapidaban. Jesús, en la cruz, se dirige al Padre, y no solo pide el perdón para los que lo crucifican, sino que también ofrece una lectura de lo que está sucediendo. Según sus palabras, en efecto, los hombres que lo crucifican «*no saben lo que hacen*» (Lc 23,34). Es decir, Él pone la ignorancia, el "no saber", como motivo de la petición de perdón al Padre, porque esta ignorancia deja abierto el camino hacia la conversión, como sucede por lo demás en las palabras que pronunciará el centurión en el momento de la muerte de Jesús: «*Realmente, este hombre era justo*» (Lc 23,47), era el Hijo de Dios. «*Por eso es más consolador aún para todos los hombres y en todos los tiempos que el Señor, tanto respecto a los que verdaderamente no sabían —los verdugos— como a los que sabían y lo condenaron, haya puesto la ignorancia como motivo para pedir que se les perdone: la ve como una puerta que puede llevarnos a la conversión*» (Jesús de Nazaret, II, 243-244).

La segunda palabra de Jesús en la cruz transmitida por san Lucas es una palabra de esperanza, es la respuesta a la oración de uno de los dos hombres crucificados con Él. El buen ladrón, ante Jesús, entra en sí mismo y se arrepiente, se da cuenta de que se encuentra ante el Hijo de Dios, que hace visible el rostro mismo de Dios, y le suplica: «*Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*» (Lc 23,42). La respuesta del Señor a esta oración va mucho más allá de la petición; en efecto, dice: «*En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lc 23,43). Jesús es consciente de que entra directamente en la comunión con el Padre y de que abre nuevamente al hombre el camino hacia el paraíso de Dios. Así, a través de esta respuesta, da la firme esperanza de que la bondad de Dios puede tocarnos incluso en el último instante de la vida, y de que la oración sincera, incluso después de una vida equivocada, encuentra los brazos abiertos del Padre bueno que espera el regreso del hijo.

Pero detengámonos en las últimas palabras de Jesús moribundo. El evangelista relata: «*Era ya casi mediodía, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta las tres de la tarde, porque se oscureció el sol. El*

*velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu". Y, dicho esto, expiró»* (Lc 23,44-46). Algunos aspectos de esta narración son distintos con respecto al cuadro que ofrecen san Marcos y san Mateo. Las tres horas de oscuridad no están descritas en san Marcos, mientras que en san Mateo están vinculadas a una serie de acontecimientos apocalípticos diversos, como el terremoto, la apertura de los sepulcros y los muertos que resucitan (cf. Mt 27,51-53). En san Lucas las horas de oscuridad tienen su causa en el eclipse del sol, pero en aquel momento se produce también el rasgarse del velo del templo. De este modo, el relato de san Lucas presenta dos signos en cierto modo paralelos, en el cielo y en el templo. El cielo pierde su luz, la tierra se hunde, mientras en el templo, lugar de la presencia de Dios, se rasga el velo que protege el santuario. La muerte de Jesús se caracteriza explícitamente como acontecimiento cósmico y litúrgico; en particular, marca el comienzo de un nuevo culto, en un templo no construido por hombres, porque es el Cuerpo mismo de Jesús muerto y resucitado, que reúne a los pueblos y los une en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

La oración de Jesús en este momento de sufrimiento —«*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*»— es un fuerte grito de confianza extrema y total en Dios. Esta oración expresa la plena consciencia de no haber sido abandonado. La invocación inicial —"Padre"— hace referencia a su primera declaración cuando era un adolescente de doce años. Entonces permaneció durante tres días en el templo de Jerusalén, cuyo velo ahora se ha rasgado. Y cuando sus padres le manifestaron su preocupación, respondió: «*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?*» (Lc 2,49). Desde el comienzo hasta el final, lo que determina completamente el sentir de Jesús, su palabra, su acción, es su relación única con el Padre. En la cruz él vive plenamente, en el amor, su relación filial con Dios, que anima su oración.

Las palabras pronunciadas por Jesús después de la invocación "Padre" retoman una expresión del Salmo 31: «*A tus manos encomiendo mi espíritu*» (Sal 31,6). Estas palabras, sin embargo, no son una simple cita, sino que más bien manifiestan una decisión firme: Jesús se "entrega" al Padre en un acto de total abandono. Estas palabras son una oración de "abandono", llena de confianza en el amor de Dios. La oración de Jesús ante la muerte es dramática, como lo es para todo hombre, pero, al mismo tiempo, está impregnada de esa calma profunda que nace de la confianza en el Padre y de la voluntad de entregarse totalmente a Él. En Getsemaní, cuando había entrado en el combate final y en la oración más intensa, y estaba a punto de ser «*entregado en manos de los hombres*» (Lc 9,44), «*le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre*» (Lc 22,44). Pero su corazón era plenamente obediente a la voluntad del Padre, y por ello «*un ángel del cielo*» vino a confortarlo (cf. Lc 22,42-43). Ahora, en los últimos momentos, Jesús se dirige al Padre diciendo cuáles son realmente las manos a las que Él entrega toda su existencia. Antes de partir en viaje hacia Jerusalén, Jesús había insistido a sus discípulos: «*Meteos bien en los oídos estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres*» (Lc 9,44). Ahora que su muerte es inminente, Él sella en la oración su última decisión: Jesús se dejó entregar «*en manos de los hombres*», pero su espíritu lo pone en las manos del Padre; así —como afirma el evangelista san Juan— todo se cumplió, el supremo acto de amor se cumplió hasta el final, al límite y más allá del límite.

Queridos hermanos y hermanas, las palabras de Jesús en la cruz en los últimos instantes de su vida terrena ofrecen indicaciones comprometedoras a nuestra oración, pero la abren también a una serena confianza y a una firme esperanza. Jesús, que pide al Padre que perdone a los que lo están crucificando, nos invita al difícil gesto de rezar incluso por aquellos que nos han hecho mal, nos han perjudicado, sabiendo perdonar siempre, a fin de que la luz de Dios ilumine su corazón; y nos invita a vivir, en nuestra oración, la misma actitud de misericordia y de amor que Dios tiene para con nosotros: «*Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*», decimos cada día en el padrenuestro. Al mismo tiempo, Jesús, que en el momento extremo de la muerte se abandona totalmente en las manos de Dios Padre, nos comunica la certeza de que, por más duras que sean las pruebas, difíciles los problemas y pesado el sufrimiento, nunca caeremos fuera de las manos de Dios, esas manos que nos han creado, nos sostienen y nos acompañan en el camino de la vida, porque las guía un amor infinito y fiel. Gracias.

*(Saludo a los peregrinos de lengua española)*